

LA ENSEÑANZA DE LA PATOLOGÍA MÉDICA Y LA TERAPÉUTICA

J. ROF CARBALLO

Así como en la Patología médica se corona toda la labor previa de formación del médico, también en su enseñanza se integra cuanto el alumno ha aprendido sobre farmacología y terapéutica, pero ahora sobre esa realidad, eternamente cambiante y llena de sugestivas sorpresas, que es la realidad clínica. La misión primordial del médico es curar y ha de enseñársele a hacerlo de la mejor manera posible. En general la enseñanza de la terapéutica en *Patología médica* puede decirse que ha pasado por tres períodos.

EL NIHILISMO TERAPÉUTICO

En el primero, que ha durado hasta hace poco tiempo, lo imperante de una manera tácita era el *nihilismo terapéutico* que caracterizó las grandes escuelas de París y de Viena. Lo que importaba era diagnosticar bien al enfermo; en cuanto a la terapéutica, o no se creía en ella —que era lo más corriente— o se la consideraba con una consecuencia lógica de la que el ocuparse no tenía suficiente rango científico. Quien corriera en esta época, como hicimos nosotros, las principales clínicas europeas podría encontrar muchos profesores que explicaran admirablemente la interpretación de las radiografías o la patogenia de las enfermedades. Rarísima vez surgía uno que, con igual pasión, hablase de terapéutica.

LA PANACEA FARMACÉUTICA

La época del nihilismo terapéutico ha pasado, como anuncié yo hace muchos años, cuan-

do todavía no se podía prever que nuestra generación viviría la era de mayores triunfos terapéuticos en la historia de la Medicina. Pero he aquí lo que ha venido a sustituirla. Si antes los estudiantes eran poco o mal informados de las técnicas terapéuticas (no me refiero a España, sino a toda Europa), ahora lo son en exceso, pero por las casas de productos químicos. La terapéutica se ha vuelto enormemente eficaz, tanto que muchas gentes piensan que los médicos, en realidad, somos menos necesarios que antes. Los médicos quedan reducidos, para muchas personas, a unos meros "dispensadores" de las grandes panaceas que la industria química contemporánea ha regalado al hombre. He hablado de esto en mi libro *El hombre a prueba*. Hay una tendencia subconsciente en el hombre de nuestra época a suprimir al médico como intermediario entre él y la ciencia de curar. O a considerarlo, en el mejor de los casos, como un simple intermediario, pues quien le cura, en quien tiene puesta su fe es en la Ciencia, en la magia de la ciencia que va a curarle de su tremendo terror a la muerte, al apartar de su camino las infecciones, la tuberculosis o el cáncer. He escrito en otro lugar: "Si el hombre de hoy quiere, en el fondo de su alma, que los médicos no fuéramos necesarios, que la ciencia o la industria —o el demonio!— inventaran pastillas y ampollas que nos volvieran superfluos, es porque, aun suponiéndose creyente, está lleno de angustia ante la muerte, está subconscientemente dispuesto a hacer de Fausto. El *médico como persona* le recuerda demasiado que su enfermedad, que sus dolencias, están ligadas a su destino personal, y esto, aunque el médico sea "organicista" a ultranza. Por eso prefiere el Mefistófeles de la ciencia, la ampolla o el tubo de pastillas que le renuevan su mágica ilusión de ser perenne."

EL MÉDICO SIN FE EN EL MÉDICO

Lo grave para la enseñanza de la Medicina es que el estudiante ha pasado de una situación en la que, involuntariamente, de manera tácita y subconsciente, sus maestros le infundían una falta de fe en la terapéutica, a otra en la que, en efecto, ya no tiene esa falta de

El doctor ROF CARBALLO, patólogo sobresaliente, se ha preocupado siempre por incorporar a las enseñanzas que forman instrumentalmente al buen médico aquella atmósfera emocional que acoge conjuntamente al paciente y al médico, dando fe en sí mismo a éste y enriqueciendo su técnica con las conquistas de la psicotecnia. Esta es la tesis que se mantiene en el presente trabajo del autor de la "Introducción a la medicina psicosomática", "El hombre a prueba" y "Cerebro interno y mundo emocional".

fe, ya cree él, como todo el mundo, en la maravillosa eficacia de los antibióticos y de las hormonas. Pero, a cambio de eso, *ha perdido la fe en sí mismo* como médico, como hombre capaz de curar no ya por lo que sabe, sino por lo que es, por su virtud personal, fruto de una larga y penosa formación. Lo grave es que quien participa de esa nueva superstición de nuestras masas ilustradas, de que los avances de la química hacen relativamente superfluo al médico, son también los propios médicos. He escrito en alguna ocasión: "... es la enseñanza de una medicina orientada exclusivamente a la "máquina del cuerpo, a la interpretación mecanicista del hombre quien ha creado este tipo de médico sin fe en la grandeza de su misión y, por tanto, fácil de derrotar por las máquinas que hacen productos químicos y por las máquinas burocráticas que organizan una medicina social. Si el médico, dócilmente, se deja convertir en pieza de maquinaria es porque antes las Universidades no han sabido hacer de él lo que debieran."

Del tercer período todavía muchos médicos no se han percatado debidamente. Recordemos la crisis de Krehl, esa crisis de la que dió cuenta en el histórico prólogo a su *Entstehung, Erkennung und Behandlung*: "Soy médico y para el médico el hombre lo es todo... No es permitido preguntarse: ¿pertenece esta investigación a las ciencias naturales, a la Biología o a las ciencias del espíritu? El médico las necesita todas, está vinculado a todas y en más de un aspecto sobre ellas se funda, ha de conocerlas, pero sin perderse en ninguna de ellas porque algo muy esencial se añade ahora a su menester, algo singular y peculiarísimo..." y su frase: "... Contra lo que he deseado y esperado durante la mitad de mi vida no es la terapéutica una consecuencia, sino un complemento de la fisiopatología."

LA TERAPÉUTICA, MAESTRA DE LA FISIOPATOLOGÍA

¡Cómo lo comprendemos ahora! Los antibióticos, la aureomicina, la terramicina nos han abierto a una concepción fisiopatológica de enorme fecundidad, la de la necesaria simbiosis con el perimundo bacteriano que acompaña al hombre, la de la enorme complejidad de sus interacciones, proporcionándonos o sustrayéndonos valiosos elementos nutritivos. La terapéutica con los que en un tiempo se llamaron "factores accesorios" de la nutrición nos ha obligado a cambiar nuestros puntos de vista sobre las más delicadas estructuras bioquímicas de la célula. El ACTH, con su eficacia en las enfermedades alérgicas o en la nefrosis, nos obliga a considerar de nuevo, de pies a cabeza, todo lo que sobre estos procesos creíamos saber. Las mostazas nitrogenadas o sus derivados sintéticos, lo mismo que las diamidinas o el

uretano nos sitúan de pronto en los umbrales de un gigantesco capítulo de la patología, la patología nuclear, que a la fisiopatología clásica había pasado completamente inadvertido. Es decir, la terapéutica se ha convertido en maestra de la fisiopatología, en soberana sugeridora de problemas, desconcertante e inquietadora. Pero no es esto todo. Lo que Krehl quería indicar era otra cosa: "... la investigación del hombre enfermo implica algo radicalmente diferente de la de los demás seres vivos. Significa algo peculiar, en tanto que el hombre enfermo pertenece al mismo mundo creador al que pertenece quien le observa, el médico. *El hombre puede modelar sus procesos morbosos por su propia influencia...*" En enero de 1950 publicó St. Wolff en el *Journal of Clinical Investigation* un minucioso trabajo sobre la farmacología de los placebos, titulado "Efecto de la sugestión y condicionamiento en la acción de los agentes químicos en el hombre". En él se demuestra que productos de acción farmacológica tan singular y constante como la prostigmina, la atropina, el benadril o la ipecacuana producen, experimentalmente, efectos contrarios a los esperados si se modifica la situación anímica del sujeto de experiencia. Las observaciones que se reúnen en mi libro *Cerebro interno y mundo emocional* y la conclusión a que en él se llega sobre el sentido y función del sistema neurovegetativo permiten comprender el mecanismo de estos paradójicos resultados de las pruebas farmacológicas. El hombre interviene, como sujeto, en los resultados de las experiencias, modificando, según su "entonamiento afectivo" con el mundo en torno, la *objetiva reactividad de sus órganos periféricos*. El cambio de esta reactividad en el *sector terminal*, sobre el que se ejerce la acción de un fármaco, puede ser superior, como demuestra Wolff, a la más potente acción farmacológica. No sólo este trabajo, sino muchos otros nos prueban, hoy, de manera concluyente y experimental, que el hombre modela por su subjetividad sus procesos morbosos y sus reacciones a los medicamentos, y que la frase de Siebeck de que la psicoterapia puede potenciar la acción de la digital es mucho más real y profunda de lo que cree un lector apresurado.

LA INDISPENSABLE RELACIÓN EMOCIONAL ENTRE PACIENTE Y MÉDICO

Efectivamente, hoy constituye, *aun dentro de la medicina más ortodoxa, un grave error técnico* publicar un trabajo examinando la eficacia terapéutica de un preparado cualquiera, por ejemplo, sobre el asma bronquial o sobre la hipertensión arterial, sin tener en cuenta, como *importantísima causa de error*, la relación o vinculación afectiva que durante las ex-

periencias se han establecido entre el paciente y el médico. En la literatura americana más reciente, esta posible causa de error es tomada rigurosamente en consideración, ya que se ha demostrado multitud de veces que esta influencia puede ser tanto o más poderosa que la acción farmacológica.

LA PSICOTERAPIA, EN LA ENSEÑANZA DE LA PATOLOGÍA MÉDICA

¿Por qué se ignora en la enseñanza de la Patología médica una de las más importantes fuerzas curativas del médico, su dominio de los factores psicológicos? ¿Quizás porque se piensa que son arbitrarios y empíricos y por ello se habla, torpemente, de "sugestión"? Pero, si un médico no puede ignorar los modernos progresos de la fisiopatología del riñón, tampoco debía estar autorizado a profesar sobre la Psicopatología moderna conceptos antediluvianos. La Psicoterapia tiene sus técnicas, bastante complejas y de muy difícil aprendizaje, pero tan sólidas y objetivas como las de la farmacología. Sólo un argumento tiene cierta validez en defensa de que no se provea al futuro médico con una de las armas que han de proporcionarle más triunfos con sus enfermos, de que no se le enseñen unas técnicas con las que puede reportar inmensos beneficios a la humanidad, y este argumento es la conveniencia de no sobrecargar en exceso una preparación profesional demasiado compleja. Mas esto no debería impedir que por lo menos se despierte en su ánimo el interés por algo, al que deberá luego en su vida una potenciación considerable de su capacidad curativa.

Debemos reconocer la dificultad que, en el terreno didáctico, presenta la enseñanza de una *impecable objetivación de síntomas y signos*, haciéndola compatible con la debida atención

a los factores subjetivos que intervienen en la enfermedad, en forma tal que ésta no perjudique a aquélla. En muchas clínicas americanas esto se logra, especialmente en los cursos de postgraduados, presentando a un enfermo en las sesiones clínicas enfocado desde dos puntos de vista diferentes: el organicista y el psicológico por dos personas de formación diferente y entablándose una discusión, de la cual salen los defensores de las dos tesis mutuamente enriquecidos en su visión de la realidad clínica. Es este un buen método para aleccionar a los escépticos, enseñándoles cómo, así, la visión que se tiene sobre el enfermo gana en profundidad y, sobre todo, en eficacia curativa. Mis colegas suramericanos me han referido que, sirviéndose de un método parecido, han ido convenciendo paulatinamente de las ventajas de esta *visión estereoscópica* de la clínica a los más reacios. También puede servir de un útil método de enseñanza. La principal ventaja que nosotros vemos en el aprendizaje por el médico de los principios de la psicoterapia es que con ello se le conforta y robustece en la seguridad de su actuación. *Un médico completo*, es decir, un médico armónicamente preparado para afrontar los problemas terapéuticos desde la fisiopatología más ortodoxa y, a la vez, desde un conocimiento psicológico adecuado, no desfallecerá nunca ante la "mecanización" de la moderna medicina. Sabe, de una vez para siempre, que no hay antibiótico ni aparato, ni organización que pueda sustituirla en su íntima virtud curativa, en su "persona de médico". Se sentirá mejor hasta en los últimos reconvencos de su ser y, al mismo tiempo, producto insustituible e irremplazable. Habrá ganado infinitamente en la seguridad de su actuación, tendrá mayor fe en su eficacia y, ante todo, *quedará sensibilizado para adquirir una experiencia que, de otra manera, va a pasar ante sus ojos sin poder darse cuenta de ella.*